

Prefacio

En el curso de la historia primitiva del antiguo Perú diversos santuarios cobraron importancia sobre todos los demás. Tales fueron, por ejemplo, el templo inconcluso de Tiahuanaco cuyos admirables edificios, erigidos cerca del lago Titicaca a una altitud de trece mil pies, fueron tan afamados en el mito y la leyenda; el santuario situado en la isla de Titicaca en el lago de este nombre; el Qoricancha, magnífico templo del Cusco y, finalmente, el templo de Pachacamac,¹ el Dios creador, en Pachacamac.

Durante el período inmediatamente anterior a la conquista española los tres templos que acabamos de mencionar rivalizaron en importancia; pero de éstos, y a pesar de los esplendores del Qoricancha, el “Patio Dorado” del Cuzco, o de la fama bien cimentada del templo isleño de Titicaca, el santuario del creador concitó la mayor admiración.

Noticias del esplendor de este templo llegaron a Francisco Pizarro cuando, encontrándose en Cajamarca en su expedición conquistadora, Atahualpa le informó que a diez días de viaje en el camino al Cusco se encontraba una admirable “mezquita” mirada por el pueblo entero como el principal santuario del país y tenida en la mayor reverencia por él mismo y por su padre y antecesor Huayna Capac. Agregó que aunque cada ciudad poseía una “mezquita” especial consagrada al culto del dios local, el santuario de la divinidad principal del país, al cual la población de todo el territorio aportaba ricas ofrendas de oro y plata, acumulaba grandes tesoros.

Según Estete: “Peregrinos venidos de todas partes del Perú de trescientas leguas o más a la redonda aflúan a este santuario, como los Turcos y Moros afluyen a la Meca”.

¹ Ver nota 7 (*N. del E.*)

Por dichas razones este escritor, a su llegada a Lima en enero de 1896, decidió visitar y explorar las ruinas de Pachacamac, ubicadas en las cercanías de Lima. Allí encontró la acogida más hospitalaria en la casa de don Vicente Silva, propietario de la hacienda San Pedro, en cuya propiedad están situadas las ruinas y durante los muchos meses de su estadía allí, recibió la ayuda más amistosa en sus labores tanto del propietario como de su hijo, don Ricardo Silva.

La breve visita proyectada al principio resultó pronto insuficiente, ya que se hizo cada vez más evidente que el problema histórico de la antigua ciudad no podía solucionarse en tiempo tan limitado. Aquí mencionaremos algunas de las dificultades imprevistas con que tropezamos. Las primeras tumbas abiertas, en vez de esclarecer problemas anteriores, suscitaron nuevos, pues su contenido no podía ser clasificado y, por consiguiente, la posición histórica y cultural del antiguo santuario se tornaba más oscura que antes. En el área de la ciudad arruinada hallábanse desparramados numerosos fragmentos de cerámica de antigua data que no correspondían a ninguna de las vasijas extraídas de las tumbas recién abiertas. Por lo tanto, la investigación hubo de proseguir hasta que se descubriesen sepulturas que suministrasen material proveniente del mismo período que los mencionados fragmentos. Sólo mediante este método podría finalmente despejarse la historia de la ciudad y fecharse debidamente los objetos hallados en las primeras tumbas.

Conviene añadir que hasta entonces no se habían publicado planos ni vistas convenientes de la ciudad, de suerte que la primera tarea que se presentaba era preparar un plano de ésta, además de la toma de cierto número de vistas fotográficas.

El escritor quiere expresar aquí su gratitud sincera al finado Dr. William Pepper por su generosa ayuda, así como a sus amigos peruanos, a cuya bondad, indulgencia y ayuda debe mucho su buen éxito en su empresa.

Filadelfia, 1898.

El autor